

• LA SAETA •

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 28 DE MARZO DE 1901

NÚM. 540



—Laura y Juan, dice el autor,
pasaron la noche solos...

Pero no dice qué hicieron.
¡Qué novelistas tan bolos!

COMO MUCHAS

TRES veces se cruzó en mi camino.

La primera, me fascinó.

Me encantó la segunda, y la tercera... la tercera me fastidió.

Que ¿dónde la vi la primera vez, preguntan ustedes?

Pues donde se exhiben muchas mujeres bonitas, como las telas preciosas en los escaparates de un bazar, para ser adquiridas por los que tienen gusto y dinero para disfrutarlas.

En el *foyer* de un teatro. No hace falta saber cuál es, porque para el caso todos son iguales.

La segunda vez, inútil me parece decir á ustedes que la vi en mi casa.

Una preciosa jaulita de dorados alambres, entre flores y aromas, deliciosa residencia para un pájaro tan lindo.

La tercera vez... lo que es la tercera vez, aseguro á ustedes que ya no fué en mi casa, sino en la de otro.

Entré una noche en el *foyer* del teatro en cuestión.

Algunas de sus compañeras hablaban con otros caballeros en distintos sitios de la habitación.

Ella estaba sola, sentada en un banco, vistiendo el mismo traje que llevaba en la obra que se estaba representando, y su postura tenía algo de provocativo que no dejó de llamar mi atención.

Desde que entré en el *foyer*, los ojos de Lorenza, que los tenía negros y rasgados, se fijaron en mí, con esa especie de magnetismo que el imán ejerce sobre el hierro.

Me detuve un momento contemplándola é insensiblemente me aproximé á ella.

Cuando la iba á hablar, sonó el timbre de aviso, y Lorenza

se puso de pie, murmurando con verdadero acento de contrariedad, á la par que me miraba:

—¡Qué fastidio! ¡Qué ganas tengo de ser libre, para hacer lo que más me agrada!

Y se alejó con sus compañeras, mirándome hasta que desapareció en el escenario.

Yo me quedé allí, pensando en aquel puñado de hechizos que adivinaba esparcidos en el cuerpo de Lorenza.

Cuando volvió á entrar en el *foyer*, una vez terminado el acto, allí me encontró.

El siguiente día, tomaba aquella mujer posesión completa de mi habitación de soltero.

No volvió á trabajar en el teatro.

Como decía, mirándome tiernamente, tenía que trabajar demasiado en mi casa para pensar en otra clase de trabajos.

—Tú me has enseñado á vivir,—me decía muchas veces, dejando caer su encantadora cabeza sobre mi pecho, mirándome con lánguida expresión y entreabriendo aquellos sonrosados labios que, como las hojas de la sensitiva, sólo esperaban el contacto de otros labios para cerrarse.

—Y tú me has enseñado á gozar,—la contestaba yo, con apasionado anhelo.

Un año pasó así, y en aquel año creo que viví la existencia de diez.

Y esto era tan cierto, que gasté en aquel período la renta de los diez años.

Todo me parecía poco para Lorenza, cuyos caprichos eran tan insaciables como mis deseos.



Al cabo de un año, tuve necesidad de ir á mi país para vender unas tierras que ya tenía hipotecadas hacía tiempo.

Ausencia de quince días, que debían parecerme quince siglos.

—Cuando regrese,—la dije,—tendremos que hacer algunas economías; hemos gastado mucho, pero todo lo sobrellevaré con gusto mientras tu corazón no se gaste como nuestro dinero.

Lorenza no contestó.

Estaba afectada, sin duda, por mi ausencia.

A los quince días, regresé de mi excursión.

¡Con cuánto afán me dirigí á mi casa, nido delicioso donde pensaba indemnizarme con creces de la horrible abstinencia de aquellos días!

Llegué, y me quedé frío.

El nido existía, pero el pájaro había volado.

Y con él volaron todos los objetos con que yo había embellecido aquel encantador hogar del placer y de la dicha.

Lorenza, como mujer previsora, no quiso dejar nada, sin duda para que algún ladrón no se aprovechara de la soledad de la habitación.

Busqué, pregunté, indagué; nadie me dió razón de mi preciosa urraca.

Pasó otro año, y me fui á Cádiz, donde me habían dado un destino.

En Madrid me encargaron que hiciese algunas visitas en la población que iba á ser mi residencia por algún tiempo.

Un día, fui á ver un comisionista inglés, sumamente rico, á quien yo había conocido en Madrid en otro tiempo.

No estaba en casa, y el criado me dijo si quería ver á la señora.

No me pude negar, y pasé á su habitación.

Como me había sucedido en el *foyer* del teatro, me quedé inmóvil en la puerta.

Era Lorenza, Lorenza, la esposa del comisionista, mi antiguo amigo.

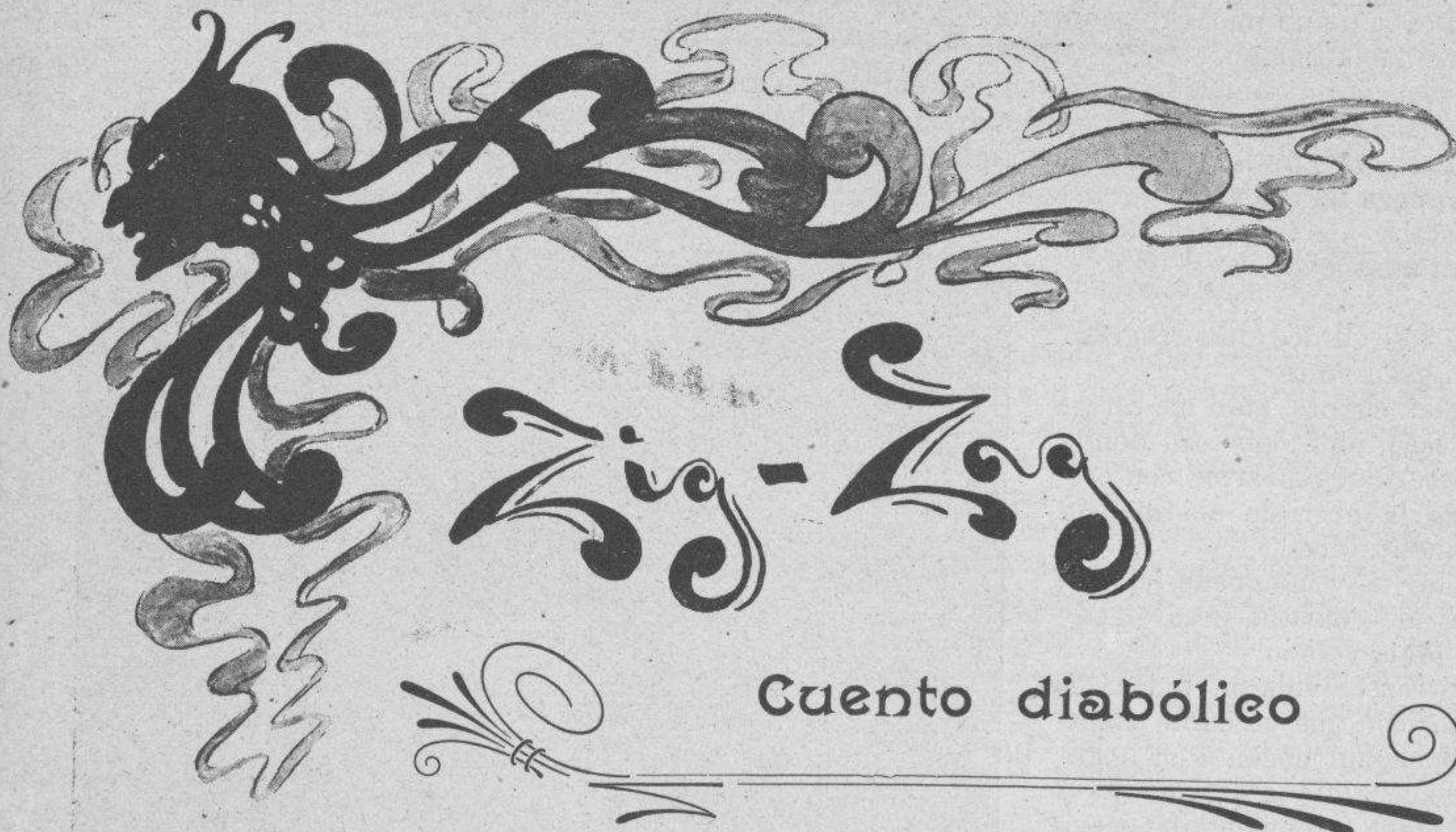
Lorenza, que, apoyada en el respaldo de una silla, me miraba sonriendo como en otro tiempo, y que, al ver mi vacilación y mi sorpresa, me dijo:

—Adelante, amigo mío; no se detenga en la puerta. Las aves como yo, por muy dorada que sea la jaula que las encierre, siempre apetecen la libertad. Usted me dejó abierta la puerta y aproveché la ocasión. He ocupado, desde entonces, jaulas diversas, hasta que he tropezado con ésta, donde pienso permanecer, puesto que la Iglesia ha bendecido esta jaula. Sin embargo, como siempre recuerdo á mis buenos amigos, les recibo con verdadero placer, y usted ocupa el primer lugar en mis recuerdos.

No supe qué contestar. Debí estar soberanamente ridículo, cuando aquella mujer soltó la carcajada, diciéndome con acento que no he olvidado nunca:

—¡Válgame Dios, y qué tonto es usted!





HACE muchos años, muchos, tantos que no pueden contarse, cuando ocurrió lo que paso á referirles.

El mundo estaba mucho más pervertido que hoy, aunque esto les parezca raro, y Dios mandó al mundo tal cúmulo de epidemias y catástrofes, que en poco tiempo lo dejó limpio de seres pecaminosos.

Y ¿qué ocurrió después?

La cosa más natural.

Los que morían, que eran pocos, lo hacían como unos santos é iban derechitos al cielo.

El infierno se encontraba sin faena después de haber achicharrado á media humanidad.

Las calderas, tristes y frías, sobre puñados de ceniza; y los diablos, ateridos, tomaban el sol y se entretenían en leer la prensa, sobre los tejados del palacio infernal.

Sólo uno de aquellos demonios bullía y se removía entre aquel enjambre de gente ociosa.

Este era Zig-zag el electricista, encargado de las luces, timbres y teléfonos.

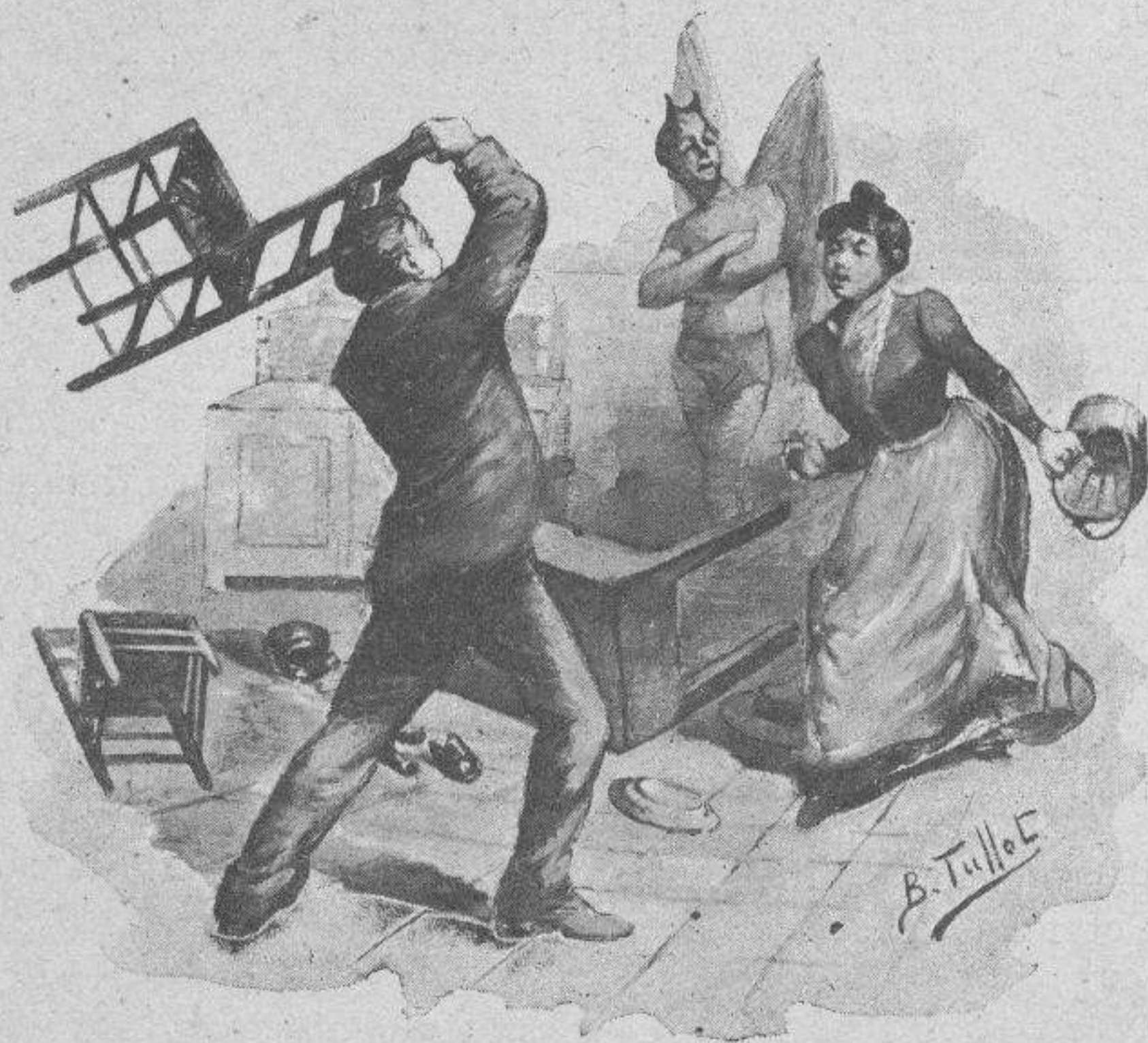
Preparaba un viaje á la tierra para llevar á cabo un experimento diabólico que bullía en su mente hacía la friolera de centenares de siglos; y como en la época de mi cuento no *mataba* el trabajo, decidía aprovechar el tiempo poniendo en planta su extravagante plan.

Arreglado todo lo necesario, se despidió de su endiablada esposa, besó á los chicos, y, cogiendo su preciosa maleta de piel de ministro, con cantoneras de plata procedente de duros de cuño falso, subió á la Tierra como una pluma, sobre el movible *chapel* de una columna de humo.

Zig-zag buscaba dos seres extraordinarios para su experimento.

Y estos seres eran una suegra y un yerno, ambos de feroz carácter, para recluirlos en un recinto estrecho, á ver cuál de los dos sucumbía antes, ó sea para averiguar si el poder de la suegra era mayor que el del yerno, ó viceversa.

Después de vagar por la Tierra algunos días, encontró en Murcia lo que buscaba. Ella, la suegra, era una mujer de tomo y lomo, joven aún, de buenas carnes, ojos saltones y



lentos de rayos, relámpagos y truenos. Cuando se enfadaba, que era cada cinco minutos, temblaba la casa y no quedaba títere con cabeza.

Pero el yerno no le iba en zaga.

Fuerte, nervioso, irascible, con cinco años de servicio en carabineros, dos en consumos y uno de comisionado de apremios.

El odio que ambos se tenían no es para contado; básteme decir que, cuando por casualidad se encontraban frente á frente, las sillas iban por el aire y el escándalo ponía en movimiento á todo el barrio.

Esto es lo que buscaba Zig-zag.

* * *

Una noche fría y lluviosa del mes de enero, asaltó el diablo las alcobas de suegra y yerno, cogió á cada uno debajo de un brazo, y batiendo sus alas de murciélago partió con su codiciada presa lejos de aquellos lugares, dejándose caer en las monótonas llanuras de la Mancha.

Allí les esperaba un magnífico globo, dispuesto maravillosamente para que nada faltase.

En la barquilla había de todo: muebles, utensilios de cocina y comestibles para cuatro años; la cuestión era colocar allí á los dos feroces mortales, á ver cuál de ellos sucumbía, en las grandes alturas, donde ni uno ni otro pudieran escapar.

Además, el globo iba provisto de un aparato telefónico en comunicación con el despacho de Zig-zag, en el infierno.

Suegra y yerno fueron colocados en la barquilla.

—¡Ya eres mío!—rugió ella al verle.

—¡Lo veremos, bruja infame!—gritó él, preparándose para estrangularla.

Zig-zag lanzó una carcajada diabólica.

La Naturaleza sufría un horrible trastorno... Rugió el trueno; el terrible huracán rompió los cables que sujetaban el aeróstato...

Y mientras éste se elevaba tambaleándose al impulso del imponente vendaval, Zig-zag desapareció por una negra sima, frotándose las manos de gusto.

* * *

Dos años habían transcurrido, y el teléfono de Zig-zag, en comunicación con el globo, no había sonado.

El timbre permanecía silencioso y todo el aparato lleno de telarañas.

¡Pobre diablo!

Debajo del aparato se le veía día y noche acurrucado y triste.



Sus facciones habían perdido su lustre anterior; estaba pálido, demacrado y lleno de canas, caso raro entre la diablería.

Los demás compañeros se le morfaban, en vista del fracaso, y hasta su *fiel* esposa se le había ido con otro del gremio, en vista de su desvío.

El caso de Zig-zag era terrible. ¡Tanto tiempo preparando su experimento, para verlo fracasado quizás por un descuido!

¿Habrían perecido los aeronautas?... ¿Se habría arrojado alguno al espacio?...

En estas dudas é incertidumbres, y cuando ya el electricista lo daba todo por perdido, sonó el timbre ansiado.

Zig-zag se puso en pie como movido por un resorte, aplicó la oreja al aparato y cayó al suelo como herido por un rayo.

Desde el globo le dirigían la siguiente comunicación:

—Faltan comestibles; ya somos cuatro.

JOAQUÍN ARQUES.

Mitología y mundología

Psiquis amaba de un modo tan especial como raro... Soñaba, se enardecía, y cayendo en un letargo, invocaba de los dioses su protección y su amparo. Amaba, y se iba muriendo, y su cuerpo aniquilando, vamos, como aquel que dice, le iba cayendo á pedazos. Por fin le llegó la hora de entregar su alma al diablo, y en tan preciso momento el Amor llegó volando;



PSIQUIS Y EL AMOR (Cuadro de Decker.)



se juntaron las dos bocas,
con locura se besaron,
y entre un beso y un suspiro
Psiquis y Amor acabaron.

.....
.....

No hizo lo mismo Anatolio:
al sentirse enamorado,
lejos de mortificarse
en ideales pensando,
levantóse una mañana
de su lecho puro y blando,
y con paso decidido,
pero con muy suave paso,
en busca de la doncella
se dirigió sin pensarlo.
Y Anatolio no murió;
yo le he visto vivo y sano,
y á la chica... me parece
que de la casa la echaron.

DON TANCREDO.

EPIGRAMA

A encerrar un gato pardo
que mayaba en el desván,
subieron con mucho afán
Concha y su primo Bernardo.
Sin duda, al primer encuentro
cogió la niña el tal gato,
porque exclamó al poco rato:
«— ¡Madre, ya lo tengo dentro! »

J. M. V.

DE JUERGA



—Delante llevo á Colás
y detrás á otro tunante.

¿Qué haré con uno detrás
y con otro por delante?

plan que no se hizo esperar mucho, pues al mágico son de mi bolsillo se organizó la juerga padre. Le di al ama veinte pesetas para encargos *especiales*, y en menos que canta un gallo se improvisó un arroz estilo Tabarqueño.

Por la *señora de la casa* fueron invitadas dos hijas de Eva, de la clase de *consideradas* por la Higiene, con un trapío y con un aquel que mi amigo y yo quedamos satisfechísimos de tan grata compañía. Entre tango y copa, gipío y caña, pasó el día y parte de la noche sin darnos cuenta, y por si era la una ó era la otra la que se timaba conmigo, disputamos todos sin entendernos nadie.

De lo que allí pasó aun no he podido darme cuenta; lo que no me queda duda, fué que me encontré en el *calabocillo* del Gobierno civil, leyendo, bien á pesar mío, un letrerito hecho con carbón que á la letra decía:

Aquel que se quiera bien
que procure no volver,
que aquí se pasan los días
muchas veces sin comer.

¿Que quién lo había puesto? Lo ignoro todavía. El guardia encargado de puertas no supo darme detalles de la cuarteta significativa que he trasladado aquí; pero que á mí me hizo un efecto saludable, procurando no volver.

JOAQUÍN LISO Y LLANO.



De vuelta del bautizo

EL NÚMERO DOS

PERDONA, lector, si el episodio que voy á referirte no es de tu agrado; bueno ó malo, le ocurrió á un mi amigo, y yo no hago más que transcribirle, procurando hasta copiar las palabras con que me le refirió.

Después de este exordio, que sobre otros mejores tiene la ventaja de ser breve, entro en materia:

«—No sé las causas que en ello debieron influir,—me decía mi amigo;—pero el caso es que, como vulgarmente se dice, caí en mi batallón de pie, y el que en la milicia tiene esa suerte, puede faltar en muchas cosas á la Ordenanza, sin miedo á que se le aplique el Código penal. A los pocos días de ascender á cabo, fuese porque en mi letra hacía más garabatos que los demás, porque eran mayores las faltas de ortografía, ó tal vez porque cuidara mucho de mi indumentaria y aseo personal, el caso es que me hallé destinado á prestar servicio en la oficina, y no como un escribiente vulgar, y sí como se-



—Contemplan ustedes Lien esa linda dentadura.

¡Las cuentas de langostinos que he pagado á esta criatura!

cretario plumífero del comandante... Tú, que no has sido militar, no puedes imaginarte lo que es eso,—me decía mi amigo riéndose;—pues es, por decirlo así, una especie de capitán más antiguo, sin sueldo ni categoría, que pierde el empleo en cuanto el comandante se incomoda; pero que mientras ejerce el cargo, todos miran con consideración.

»Voy á decirte quién era mi comandante: Figúrate un señor panzudo, muy próximo á los sesenta, con más arrugas en la cara que pelos en la cabeza, ojuelos de besugo mal oliente, dentadura completa, blanca é igual que apareció en su boca en menos de veinticuatro horas, gracias á la habilidad de un dentista; un viejo prematuro, con una afición tan grande á las hijas de Eva, que pasábase el día detrás de las muchachas; pero eso sí, le gustaban tiernecitas. No sé cómo, en manos de este vejestorio fué á caer una muchacha granadina de unos diez y seis años; por lo hermosa y ardiente era dignísima compatriota de Zoraida, Aixa y demás bellezas citadas en las tradiciones de Granada. Dígase lo que se quiera, la nieve y el fuego no pueden vivir en buena armonía, pues lo que á uno le falta sóbrale al otro; precisamente lo mismo ocurre á la

juventud unida á la vejez; uno dice, potencia; y otro responde, templanza; esto no era óbice para que el comandante estuviese enamorado de la andaluza, con la fuerza de la pasión senil, en la que predominan los celos.

»Teníamos las oficinas fuera del cuartel, y en la casa de enfrente á la ocupada por nosotros vivía la joven; como el callejón era estrecho, había desde nuestro balcón al suyo muy poquísima distancia. Veíala yo asomarse todas las mañanas con el pelo destrenzado y el peinador casi sin abrochar, dejándome ver un poquitín más del nacimiento de un pecho tan hermoso, que tal vez San Antonio no hubiese podido resistir sus tentaciones... Yo tampoco las resistía; pero ¡ay, amigo!... ¡era la *comandanta*, y la subordinación exige respetar al superior aunque lleve faldas! En un principio me contentaba con mirarla á hurtadillas. ¡Qué hermosa era! ¡Cuánto me gustaba! Ardía en deseos de decírselo; pero la subordinación ponía en mi boca una mordaza, obligándome á mirarla á hurtadillas; ella, por el contrario, hacíalo de frente, con tal fijeza y expresión, que me dió valor para hacerlo de igual modo. Desde entonces, todos los días nos mirábamos embozados; nuestras bocas nada decían; pero los ojos... ¡los ojos lo decían todo!... Así pasamos el verano. Ahora, la granadina presentábase por las mañanas en el balcón luciendo toquilla de pelo de cabra, en vez del matiné.

»Aquel día estaba yo solo en la oficina, y el comandante muy ocupado en el cuartel; tardaría, por lo poco, tres horas en regresar... había tiempo... Me asomé al balcón viendo á la granadina en el suyo; la miré, me miró, nos sonreímos, hícela una seña, me respondió afirmativamente. Salí de la oficina como un loco; atravesé la calle, subo al cuarto de la joven, veo la puerta abierta, entro, la abrazo, nos abrazamos; pero con tanta fuerza, con tanto frenesí, como si quisiésemos indemnizarnos del tiempo perdido. Dos horas después, salía yo de la casa, radiante de felicidad y con orden expresa, dada por ella, de aprovechar todas las ausencias del comandante.

»Al siguiente día, ardiendo en impaciencia, esperaba yo diecen las doce de la mañana para entrar la firma al comandante; después él se iría al cuartel, y yo, ya puedes suponerte dónde.

»Con mi poquito de recelo, pues la conciencia me acusaba, me presenté en el despacho del comandante con una porción de papelotes para la firma. El buen señor, sin moverse de su asiento, me pasó una revista personal, como las que suele pasar un cabo bruto.

»—Observo que se está usted volviendo desidioso en el vestir,—me dijo.—El número



Primer premio de belleza en varias exposiciones...

La mujer es una pieza con tres pares de temoles.

La Saeta

del regimiento, tal como le lleva usted en el costado izquierdo de la levita, está incompleto.

»Llevé la mano al sitio que me indicaba y repuse con sobresalto:

»—Falta el dos.

»—Pues tome usted y olvide dónde le ha perdido,—respondió el comandante, dejando caer el número sobre la mesa.

»Cogí el número y salí casi corriendo del despacho. Aquel número, enganchándose en la toquilla de pelo de cabra, fué nuestro delator...»

—¿Y después?—pregunté á mi amigo.

—Después, nada; cambié de batallón y no he vuelto á ver más á la granadina.

M. DEL CORRAL CABALLÉ.

LA NINA DE OJOS NEGROS

I

Tienes los ojos, niña,
puros y negros.
¡Bien haya la inocencia
que brilla en ellos!
¡Dios te bendiga,
y en tus ojos conserve
siempre la dicha!

—

Paseando en el bosque
te he visto un día,
y parecióme verte
muy pensativa.
¿En qué pensabas
por el bosque, cruzando,
tan de mañana?

.
.

II

¿Por qué tus negros ojos,

niña hechicera,
ya no miran al cielo
sino á la tierra?
¿Por qué tu rostro
la vergüenza colora
con tintes rojos?

—

¡Ay de la bella niña
de ojitos negros;
la inocente pureza
no brilla en ellos!
El sol de amores
los deslumbró un instante...
¡Pícaros hombres!

.
.

III

Negros tienes los ojos;
lo negro es luto,
y enlutados contemplo,
niña, los tuyos.

Tu dicha ha muerto;
de tus ojos el luto
lo está diciendo.

—

Niña de ojitos negros,
no más le llores;
no son como el ingrato
todos los hombres.
Pero te enojo,
y más el luto visten
tus negros ojos.

.
.
.

Murió la pobre niña
de ojitos negros.
De sus ojos el luto,
llegó á su pecho.
¡Maldito el hombre
que sin piedad deshoja
la flor de amores!

RAFAEL DEL CASTILLO.

DOLORA

ADIOS PARA SIEMPRE

Porque no infiel juzguéis á mi memoria,
aunque os digo por *siempre* al huir de vos,
la eternamente lamentable historia
vais á escuchar de mi primer Adiós.
—«Era una niña, como vos afable,
lozana y pura y celestial cual vos.»
¡Quién, al dejar un ser tan adorable,
podrá decirle: *para siempre adiós!*

—«Partí... y la fama me contó su muerte.»
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
dejad que os diga: *¡para siempre adiós!*
Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
desde aquel día como ahora á vos,
á cuantos seres con el alma quiero,
¡adiós!, les digo; *¡para siempre adiós!*

R. DE CAMPOAMOR.

EL DESTINO

(CUENTO PICAresco)

EL tío Juan, haciendo alardes de una solemnidad ciceroniana, concluyó:

—Conque, lo dicho, dicho está: ya sabes que en el umbral no has de poner más los pies, ni los ojos en el cuerpo de mi hija.

Y con el gesto aun más trágico, metióse dentro de la casa para no responder á las súplicas del mozo.

Alejóse á buen paso el desgraciado Pedro, víctima de los rigores paternos. Buscaba un rincón solitario donde poder llorar á su antojo, mitigando así la pena que, anudada á la garganta, quería ahogarle.

Mas ¡ay! que las fuerzas humanas engañan, y no bien el apesadumbrado llegó á las lindes del camino, cuando se dejó caer sobre un montículo que lo limitaba naturalmente.

Poco ó nada se fijó en el verde esmeralda del menudo césped que esmaltaba el asiento, menos aún en las margaritas y otras silvestres flores que, columpiándose sobre los tallos, salpicaban la verdura interminable de manchas blancas, amarillentas y rojizas. Ni siquiera sus ojos húmedos divagaron por los apretados trigales, movibles y ondulantes como mar sin espumas y sobre el lindo caserío albo á la luz del sol, como plata bruñida.

El dolor egoísta no le hacía ver sino sus propias desventuras y sus personalísimos disgustos. Toda la campiña se borraba ante su vista, oculta por la sombra de un solo cuerpo: Maruja, la novia del cuitado, la que alegraba sus días, la esperanza de lo futuro, que si no era precisamente estrella ni lucero, y á Pedro jamás se le ocurrió pensar tal desatino, era una muchacha fuerte, de caderas dislocantes, pechos abultados, cara morena, piernas y brazos rollizos, tan rollizos que nunca los viera el novio sin sentir flaquear los suyos. Y pensando éstas y otras cosas y considerando tan valiosa joya perdida para siempre, dióse á llorar con tal fuerza, que sus ojos no eran sino dos manantiales que le hubieran empapado la burda tela del chaquetón, á no ser por la boca, que tragaba de vez en cuando estas líquidas amarguras.

¡Adiós, adiós!, decía el



—En vano le pido al cielo,
por donde los astros van,

que me depare un marido
para mitigar mi afán.



Por esta mujer, un joven dicen que se volvió loco. ¿Ustedes saben por qué? ¿No lo saben? Yo tampoco.

gañán, mirando á la casa por donde, de vez en cuando, aparecía el severo y amojamado rostro del tío Juan, con la banda de cuero sobre el pecho, símbolo de su augusta respetabilidad de guarda jurado. ¡Adiós, adiós!, repetía, mirando á los establos donde cambiaran algunos besos, al repartir la fresca comida á los bueyes, vacas y terneros; ¡adiós, adiós!, sollozaba, mirando al *poyo* de la puerta, donde en la noche, á la paz del silencio, alternó la voz arpada del rui señor con las suyas broncas y agrias; ¡adiós!, suspiraba.

Sobre el firme propósito de marchar para siempre á tierras lejanas, había algo que le impulsaba á quedar allí, y ese algo, ¿cómo no pensarlo?, era que la encantadora dueña de su alma quisiera asomar el recio cuerpo, para darle también el último adiós.

No bien se hiciera Pedro estas reflexiones, cuando vió ante sí á Maruja, que, con el cántaro á la cabeza y las sayas recogidas, venía de la fuente. Quedóse quieta la moza, suspiró el mozo, y, en actitud de adoración, repasó, por la que él creía última vez, los inapreciables tesoros de formas que enseñaba la campesina.

—¿Qué *ties*, Pedro?

—¡Mucha pena, Maruja! Tu padre *m' ha echao ipa* siempre!

Quitóse Maruja el cántaro de la cabeza, púsole en el suelo, y sentóse junto á su novio.

Pero no fueron lágrimas, sino risas y manoteos, lo que siguió, porque juntos, al roce de los cuerpos, olvidóse Pedro del tío Juan y Maruja del cántaro que abandonado en medio del camino tenía. Veía Pedro aquel pecho exuberante; aquel encendido refajo que mal disimulaba las piernas; sentía Maruja penetrar tan hondo las miradas del galán, que quiso arañarle; inocente motivo para forcejear y resbalar sobre el mullido banco, tronchando margaritas y amapolas.

—¡Tu padre *m' ha echao!*—decía á carcajadas él.

—¡Pues yo no te echo!—contestaba ella.

Y siguiendo el juego, no tardaron en desaparecer tras un apiñado zarzal, sobre cuyas puntas cantaban desaforadamente dos pajarillos.

* * *

Pensando el tío Juan que camino de la fuente es mal camino para cruzarlo sola una muchacha á quien se le acaba de despedir el novio, salió en busca de María, con la escopeta al brazo, y aunque no vió á ella, encontró el cántaro, que sólo malas cosas auguraba.

Internóse el padre en la maleza y á poco trecho se detuvo y se echó la escopeta á la cara... mas no hizo fuego. En el zarzal aparecían Maruja y Pedro, con los brazos caídos y la cabeza sobre el pecho. Sin duda, del roce con las amapolas tenían los carrillos de un grana rutilante.

El tío Juan, en el apogeo de la cólera, disparó el tiro contra los dos pájaros que sobre las puntas de los espinos no habían dejado de cantar un instante.

* * *

No hay que decir que aquella noche sentóse Pedro junto á Maruja, en la cocina del caserío, y que el tío Juan no paró de reñir con su mujer toda la velada.

—No lo quería por yerno; es un pobrete que no tiene ni una mala suerte de campo, ni una yunta, *na* más que sus manos y su boca. *S' ha empeñado* la niña y *s' ha salto* con la suya. ¡*Marditas* mujeres!... Son *toas* malas, *mu* malas, testarudas, *descuidás*... ¡Por *vía* de...!

—Vamos, hombre,—le decía su mujer;—no te desesperes. ¡Acuérdate!... ¡Y lo nuestro fué peor, porque rompimos el cántaro!

ALFREDO RLANCO.

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El Pats, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Tortas de lágrimas

Postre sencillo y barato para todas las personas. Ya pueden ir los maridos apuntándose estas notas: Se come fuera de casa; se llega luego á deshora, y entonces, naturalmente, la costilla se incomoda. Grita el esposo con rabia; con ira grita la esposa, y entre mujer y marido se promueve la gran bronca.

Así empieza á prepararse la masa para las tortas. Después se lanza un insulto de los que causan ampollas; la mujer aquí amenaza, pega el esposo, ella llora, y con los golpes del uno y los llantos de la otra, sin un céntimo de gasto se confeccionan las *tortas*.

J. A.

UNA GRAN SUCIEDAD, un gran abandono indican los dientes negros y sarrosos por no usar el *Licor del Polo de Ori-ve*. Por esto se halla en todo tocador. 6 reales frasco.

COLMOS

El de un maestro de escuela, enseñar los codos.
El de un general, mandar cuatro gatos.
El de un picador, picar el amor propio.
El de un centinela, guardar el honor.
El de un ladrón, robar corazones.
El de un minero, minar la existencia.
El de un matador de toros, matar el hambre.
El de un Silvela, subirse á las barbas.
Y el de un barrendero, barrer lo existente.

J. M. G. BENAVENT.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon

Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preserva el rostro de las influencias del FRIO, del SOL, ó del aire del MAR
Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON → 13, Rue Grange-Batelière, 13 → PARIS

La Saeta

Es MÉRITO INDUSTRIAL abaratar géneros superiores. Esto explica la fama universal é inmenso consumo del Agua de Colonia de Orive. Frascos desde 3 rs. Farmacias,

Erased una señorita que tenía la pretensión de querer hablar en un lenguaje diferente al de la vulgaridad.

Una noche sintióse indispuesta en tales términos, que fué necesario que el médico acudiera á visitarla.

—¡Ay, doctor!—le dijo al verle.—Doliente me hallo y llamo á la ciencia para que atempere la falta de armonía que advierto en mi organismo.

—¿Qué comió usted ayer?

—Dos *posturas de ave* y la masa encefálica de un cuadrúpedo rumiante. Después la parte posterior de un ser marino, media docena de *solitarios del monte*, algunos *bulbulos terrestres* y unos postres *lácteos*.

—Confíesole á usted, señora,—repuso el médico,—que no comprendo lo que acaba usted de decirme.

—¡Jesús! ¡Qué desdicha el no ser una comprendida por la especie humana! *Servidumbre*,—prosiguió la joven, dirigiéndose á la criada.—Explica al *físico*, en lenguaje vulgar, mi parvedad de ayer.

La criada respondió:

—La señorita comió un par de huevos y unos sesos de carnero; media docena de espárragos, una cola de pescado y un plato de crema.

—¡Eso es otra cosa!—repuso el facultativo.—Veamos el pulso.

—*Servidumbre*, extiende el lino sobre mi epidermis para evitarme el profano contacto del doctor.

La criada cubrió con la sábana la mano de su señora y así la extendió hacia el médico, que, no pudiéndose contener más, cogió el faldón de su levita, y poniéndole sobre la sábana que cubría la muñeca de la dama, la dijo:

—A enfermo de lino, médico *de lana*; y como la ciencia no sabe curar á los imbéciles, vaya usted á una casa de orates, donde la darán el verdadero tratamiento que necesita.

PARA CURAR POR FRICCIONES LOS dolores *reumáticos*, no hay nada como el *Bálsamo antirreumático de Orive*. Triunfó donde fracasan otros. 2 ptas. frasco. Farmacias.

Charada

Oye, *Todo*. Tú, curiosa como lo es una mujer, ¿conoces la flor sagrada del *prima* unido con *tres*? Yo te *segunda* y *tercera* á que me lo expliques bien. En el pentagrama existe la *dos* aguda, que á fe

la das con una limpieza que se escucha con placer. Y aquí hago punto, mi *Todo*, que hartó ya te molesté.

C.

Tarjeta

PEPA SARIÑANES

Combinar el nombre y el apellido de modo que dé por resultado el título de una zarzuela en un acto.

M. CERVERA Y MONGUIJÓN.

Rombo

*
* * *
* * * * *
* * *
*

Substituir las estrellitas por letras, de forma que leídas vertical y horizontalmente resulte: 1.^a, vocal; 2.^a, mineral; 3.^a, parte del cuerpo; 4.^a, ídem; y 5.^a, vocal.

E. BERNABÉU TORREGROSA.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.


No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

á yesca quemada. Deseoso de saber lo que era, subi6se sobre la roca á mirar por encima de la cerca, y apercibi6 al viejo guardabosque sentado c6modamente sobre la yerba y apoyando la espalda contra una encina; lo que disgust6 á nuestro poeta, que tan mal se habia encontrado en un asiento semejante. El se6or Gay cuidaba al guarda campestre, que era una especie de esqueleto alto y amarillo, y m6s viejo que 6l. El antiguo drag6n tenia ante s6 el morral de su amo, del cual habia sacado un gran pastel relleno de jam6n y dos botellas de vino de Burdeos; ya estaba repleto, y fumaba lentamente, pavone6ndose en la yerba; pero su amigo parecia que habia conservado todo el apetito de su primera juventud, porque, armado de un cuchillo, lo hundi6 vigorosamente en las entra6as del pastel. *Parpaillot*, que es el perro que conocemos, estaba á una respetuosa distancia de su amo, sentado sobre sus ancas, con la cabeza levantada y siguiendo con sus ojos cada bocado que el guarda se llevaba á la boca, aspirando su olorcillo al paso, y pas6ndose su lengua sonrosada por el hocico: he aqu6 todo lo que el pobre animal, al cual se le pod6an contar las costillas, participaba de la comida. Por lo tanto, sentia esos movimientos nerviosos que le aproximaban un tanto al objeto de sus deseos; pero como su vista estaba compartida entre el pastel y una gran estaca que el guarda tenia á su lado, *Parpaillot* se contentaba con la esperanza.

—¿En d6nde hab6is dejado á Collinet?—le pregunt6 Daniel cuando se cans6 de mirar aquella escena.

—Se6or,—le contest6 vivamente Gay, levantando la cabeza y llev6ndose maquinalmente la mano á su tricornio.—¿Preguntabais por el se6or Collinet?

—S6.

—Pues lo he dejado en el arenal, en compa6a del se6or Clement6. Hemos echado los hurones en una madriguera, y como no hace mucho he o6do unos cuantos tiros, habr6n muerto algunos conejos, sin duda.

El guarda campestre seguia comiendo, y Gay, acerc6ndose á 6l y empuj6ndole, le dijo:

—¡Lev6ntate, Javelle; no es pol6tico lo que haces! Excusadle, caballero,—a6adi6, dirigi6ndose á Daniel,—porque el pobre hombre se desayuna en estos campos m6s á menudo con lechugas que con pasteles.

—Muy bien; pero decidme: ¿qu6 historia es la de ese jabal6 que Collinet vino contando al castillo cuando trajo la liebre?

—Eso es otro negocio,—repuso Gay, mordi6ndose los labios.—El se6or Collinet ha perdido la pista de un jabal6 que habian levantado nuestros perros, y á fe que es un solitario de primer orden; pero á falta de jabal6 matar6 conejos. A las siete tengo orden de reunirme con esos se6ores en el molino; por lo tanto, si quer6is bajar conmigo, estad seguro que recibir6is una buena acogida. La molinera es un poco chillona; pero, trat6ndola, es la mujer mejor del mundo; conque venid, y desde all6 nos volveremos todos á la quinta y cenaremos.

—Pues vamos al molino,—repuso el poeta;—al menos encontraremos una silla y un jarro de sidra.

Mientras que M. Javelle colocaba las botellas en el morral, *Parpaillot* se comi6 en dos dentelladas los restos del pastel y las migajas que habian quedado por el suelo, lo que le vali6 al mismo tiempo un tremendo puntapi6 de su amo y otro no menos terrible del guarda campestre.

—Pero ¿d6nde est6 ese molino?—dijo Daniel.—Por m6s que miro no le veo.

—Al pie de la cuesta. Si no lo veis es porque est6 oculto bajo esos grandes 6rboles. ¿No o6is el tic-tac de las ruedas ahora que nos hemos aproximado algo m6s? Adem6s, se6or, cuando ve6is ante vos, en un r6o como 6ste, esas bandadas de patos nadando en pelotones cerrados, subiendo los unos y bajando los otros por la corriente del agua, como si fueran patrullas, estad seguro que no dista mucho un molino.

—Seguro estaba yo,—dijo para s6 Daniel,—que las gentes de este pa6s dir6n que su arroyo es un r6o.

Ya habia principiado á bajar con precauci6n los desiguales escalones de una escalera de madera que conducia al puente de aquel edificio, cuando el guardabosque, que iba tras 6l, le toc6 dulcemente en el hombro. Volvi6se, y vi6 á Gay que le hacia se6as de que se callara y acercase.

—¿Qu6 es lo que hay?—le pregunt6 Daniel en voz baja. (Continuar6.)

M. ASSARDON.





20 cénts.

Núm. 541

UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

El guarda levantó la mano en dirección de uno de los muros que rodeaban el molino, cuyo ángulo derecho se apoyaba en la cerca, y apercibió una hermosa joven, cubierta con una cofia normanda. Esta, subida sobre una escala que estaba apoyada contra aquel muro, hablaba mano á mano con un hombre de cabeza enharinada. Era el hijo de la molinera, que, por su parte, se había subido también sobre otra escala, y los dos hablaban y jugaban, apoyados en el caballete de aquel muro, cubierto de ruibarbos, de iris y de verdolagas floridas.

Ambos amantes se creían al abrigo de las miradas curiosas bajo aquellos tilos, cuyo espeso ramaje se encorbaba sobre ellos como la colgadura de una cuna; y á pesar del ruido que hacían los ánsares y los patos, recreándose ante la rueda del molino, Daniel y el guarda oyeron el siguiente diálogo, no contando con el viejo guarda campestre llamado el padre Javelle, porque, más deseoso de conversar con las botellas que de enterarse de la conversación amorosa, apuraba á pequeños tragos un poco de ron que quedaba en un frasco:

—Antonieta, no te he visto esta mañana: ¿en dónde has estado?—decía el molinero, pasando ligeramente por la cara y el cuello de la joven un iris que acababa de coger sobre el muro.

—Mi madre se fué á casa de tu abuelo, y yo tuve que quedarme en la nuestra para cuidar de los niños y dar de comer á los mozos y á los carreteros,—respondió ella, estremeciéndose á la caricia de la flor.

—¡Ah! Pues bien: si me quieres dar un abrazo, te diré por qué tu madre ha ido esta mañana á casa del padre Cretu.

—No quiero; ya me lo dirás sin dártelo.

El molinero soltó la flor, cogió á Antonieta y quiso abrazarla; pero la joven le cogió por el cuello, apretándole de tal manera, que el molinero se puso de color de púrpura á pesar de la harina que cubría su semblante.

—¡Bautista!—le decía en voz baja y colérica, sacudiéndole al mismo tiempo;—te prevengo que, si no me sueltas, voy á gritar.

Bautista, por honor á su sexo, quiso ser el más fuerte; cerró los ojos, apretó los dientes, extendió los brazos para rodear á la joven con ellos, y Antonieta seguía teniéndole cogido por la corbata, apretando de lo bueno; mas, desgraciadamente, tenía zuecos, y uno de sus pies se deslizó del escalón y vióse en la precisión de abandonar el cuello de Bautista para apoyarse en el caballete del muro, sin lo cual hubiera venido al suelo. El molinero la sostuvo lo mejor que pudo, contentándose con aquella victoria, mientras ella trataba de colocarse otra vez en la escalera.

—¡Si hubiera tenido zapatos como tú, en vez de zuecos, no te hubieras salido con la tuya!—le decía, bajándose de la escalera.

—Y ¿por qué no quieres que te abrace?—le contestó Bautista, con acento quejoso y amenazador.

Y mientras tanto se montaba á caballo en el muro para bajar al jardín de Antonieta.

—¿Por qué? Porque no quiero que lo hagas sin mi voluntad,—repuso la hermosa joven, que se disponía á marcharse, sosteniendo en cada una de sus manos un cántaro de leche.

Bautista le respondió, sentándose en el suelo:

—Escucha, Antonieta: voy á contarte el por qué tu madre fué ayer de mañana á casa del padre Cretu. Vino á traerle su gargantilla, sus pendientes y el reloj de tu difunto padre, y helos aquí,—le dijo, presentándole dichos objetos.

—Pero, Bautista, ¿cómo han llegado esas prendas á tus manos? Dímelo, y dime también por qué mi madre se las ha dado á tu abuelo.

—El padre Cretu le había prestado á tu difunto padre, sobre hipoteca, no sé qué cantidad; y como tu madre no paga ó paga mal los intereses del dinero, ese viejo avaro, que vive en su casa como un buho en la cúpula de una torre, le envía todo el papel sellado que puede. Vuestra alquería le agrada porque linda con nuestro molino, y en un tiempo dijo que al fin sería suya. Aunque era muy chico, me acuerdo perfectamente.